

EL PROYECTO MNEMÓSINE

—Antes, por acá pasaba el tren —dijo el anciano.

El joven observó en silencio la planicie gris y reseca en la que se encontraban. En este sitio el tiempo no tenía ninguna relevancia. El ayer y el mañana se mezclaban en la arena imprecisa del desierto y reptaban uno sobre el otro como caracoles atontados por el sol.

Caracoles. La palabra llegó a la mente del joven. Traía consigo infinidad de cosas: árboles, ríos, flores. Gente.

—Antes había caracoles —murmuró.

—Caracoles —. El anciano saboreó la palabra, la hizo rodar en su lengua.

Algo se agitó en el puño cerrado del joven. Abrió la mano. Un pequeño caracol de tierra reptaba por su palma. Lo depositó en la rodilla del viejo. La cara del anciano se iluminó con una sonrisa desapareja.

—Los caracoles salen cuando va a llover —dijo.

El cielo se cubrió de nubes perladas. El viento trajo olor a tierra húmeda. Las primeras gotas ardieron en la arena. El joven levantó la cara hacia la lluvia renacida. El viejo habló:

—Llovió mucho, ese verano. Las matas de tomillo y jarilla cubrieron los cerros y las margaritas que rodeaban la casa florecieron todas juntas.

El joven sonrió y cortó una margarita de la planta que crecía a su lado. Empezó a deshojarla mientras miraba los cerros verdes que custodiaban el horizonte. El anciano siguió hablando:

—Mi nieta y yo jugábamos a encontrar el caracol más grande. Siempre ganaba ella, claro, y se reía sacudiendo sus rizos oscuros.

El joven supo que había llegado el momento.

—Me estaba contando cómo llegó acá —le dijo al anciano.

—Vine en tren. Antes, por acá pasaba el tren.

Entre los cerros verdes apareció una locomotora arrastrando un vagón repleto de gente que se asomaba por las ventanillas. Se detuvo en el andén en el que esperaban el joven y el anciano. Una mujer de cabello negro y ondulado bajó de un salto, abrazó al anciano y lo ayudó a levantarse y subir al tren. El joven subió tras ellos, se acomodó en un asiento vacío y cerró los ojos. Estaba agotado. Y tenía sed.

El doctor Martínez, psiquiatra especializado en acoplamiento cognitivo, despertó en la silla ubicada al costado de la cama de Don Julio, paciente número ciento veinte del Proyecto Mnemosine. La habitación estaba ambientada como el camarote de un tren, que era el último recuerdo que había podido narrar Don Julio. Por la ventana se veían las paredes de piedra y el techo de tejas rojas de una estación ferroviaria antigua. Los instrumentos médicos estaban ocultos detrás del portaequipaje. Don Julio conversaba alegremente con los hijos y nietos que lo rodeaban. El doctor Martínez se quitó los

electrodos que lo conectaban al hombre y le hizo una seña a una enfermera vestida de azafata. La mujer se acercó al paciente y le preguntó:

—¿Durmió bien, señor? —mientras lo desconectaba del electroencefalógrafo, aparentando acomodarle las almohadas.

—Sí, gracias. Soñé con un joven muy amable. Esperábamos juntos un tren... —el hombre sacudió la cabeza. El sueño se desvanecía de su mente.

—Tengo mucha sed, ¿podría traerme un vaso de agua con limón?

—Ya se lo alcanzo, señor.

Mientras la enfermera hablaba con el anciano, el doctor Martínez se dirigió a la puerta en silencio. El paciente no debía encontrarse con el médico acoplador una vez que ambos estaban despiertos. En el pasillo lo alcanzó una mujer de pelo negro y ondulado.

—Gracias —le dijo. —Casi habíamos perdido las esperanzas.

El doctor Martínez asintió.

—El deterioro era muy grande. No le quedaban muchos recuerdos a los que aferrarse. Fue una buena idea darme esto antes de iniciar la sesión —y le devolvió un caparazón de caracol reseco. Los ojos de ella se llenaron de lágrimas.

—Muchas gracias, doctor —repitió.

—Gracias a ustedes, por confiar en el Proyecto Mnemósine —respondió el médico. — La terapia de acoplamiento cognitivo ha funcionado muy bien. Con el de su abuelo ya registramos ciento veinte casos de recuperación total de la enfermedad de Alzheimer. El mes que viene daremos a conocer los resultados a la comunidad científica. Ahora, vuelva con Don Julio, por favor. Es importante que su familia esté a su lado.

La mujer entró en la habitación - camarote y el psiquiatra se alejó por el pasillo.

Cuando llegó a su despacho, se sirvió un vaso de agua con limón de una jarra que estaba sobre su escritorio. Tenía mucha sed. Mientras lo bebía, observó la estantería que ocupaba la pared frente a la puerta. En ella se congregaban más de cien objetos diferentes: un pañuelo, un sombrero, un libro, incluso un trozo de torta de cumpleaños, tan fresco y apetitoso como si acabaran de cortarlo. Recuerdos. Recuerdos que el médico había traído de las mentes de los pacientes a las que había acoplado la suya. Recuerdos que se conservaban en su estado original porque sus dueños volvían a tenerlos presentes en su memoria. Eran indicadores de que el Proyecto Mnemósine estaba funcionando. Iban por el buen camino.

El joven sonrió y agregó a la colección una margarita que olía a verano lluvioso.

©Gisela Lupiañez 2020